



Ponente¹

P. FRANCISCO BRAVO CASTRILLO

Vicario del Ejército de Tierra y de la Guardia Civil

Gracias, Paloma.

Buenos días a todos. Muchas gracias por haberme invitado a este encuentro y a participar con ustedes de esta mesa y de este coloquio.

Me alegro de participar, sobre todo, en este foro en el que se habla de la asistencia espiritual. Y para hablar de asistencia espiritual, en el caso mío, dentro de las Fuerzas Armadas, me van a permitir que hable primero de los militares y de su vida. Porque, si no, no es entendible ni comprensible nuestra presencia dentro de las Fuerzas Armadas y dentro de los cuerpos de seguridad del Estado.

El militar tiene una vida más que complicada. Una vida que está marcada, fundamentalmente, porque no para. Y no está sujeto a un lugar determinado y específico de por vida, sino que, en cualquier momento, en cualquier circunstancia, tiene que coger la mochila, que la tiene preparada siempre, colgarse el macuto y salir. O salir porque le cambian de destino o salir porque se tiene que ir a una misión internacional o, simplemente, a unas maniobras, lo que ya de por sí supone estar fuera de casa unos cuantos días. Fíjense que la media de un militar, en circunstancias normales, está en torno a los 120, 125, 130 días fuera de su casa. Eso, una familia aguantarlo y resistirlo, no es fácil. Esos 120 días, o los días que sean, suponen alejamiento familiar, alejamiento de los hijos, alejamiento del entorno. No supone soledad, porque se acompañan entre ellos, gracias a Dios, pero sí supone distancia de lo más querido.

A nuestros militares creyentes les sucede lo mismo. El militar creyente es como cualquier otro militar. Le sucede lo mismo con un añadido: su vinculación a la parroquia natural, a su comunidad católica habitual es como el Guadiana: voy, vengo, salgo, entro y voy apareciendo y desapareciendo.

A eso le añadimos un mundo y una sociedad actual también muy complicada. En la familia, lo más normal hoy es que trabajen los dos en la pa-

¹ Transcrito por audición.

reja, el hombre y la mujer. Por lo cual, los traslados y los cambios de destino no son como antiguamente. Antiguamente, el militar estaba en Madrid, era destinado a Galicia, cogía a la familia y se iba con ellos a Galicia. Hoy, toda la sociedad en la que estamos envuelta complica esas circunstancias, porque la otra parte de la pareja también tiene el derecho de desarrollar su vida profesional. De la misma forma que hay un cambio en los niños: de colegios, de amigos, que tienen que pensar y valorar.

Quizá, lo que más determina nuestra presencia dentro de la institución Fuerzas Armadas es precisamente ese momento de sujeción o esa característica de sujeción que los militares tienen en la institución. Esa sujeción supone que el militar, en muchos momentos de su vida, si no fuese por nosotros, espiritualmente, no podría ser atendido. Les pongo ejemplos: un militar, cuando está en el campo y le pilla fin de semana, o entre semana, vamos, pero vamos a ponernos en que pilla un sábado o un domingo y quiere recibir los sacramentos, escuchar la palabra, comulgar, confesarse... lo tiene difícil tirado en medio de San Gregorio, por ejemplo, en Zaragoza, un campo de maniobras tremendo, porque salir es difícil. El capellán está para poder ofrecerle ese servicio. Está para servir. Hay una palabra acuñada muy bonita: nosotros somos los servidores de los que sirven. El capellán castrense debe ser el servidor de aquel que sirve y que nos sirve a todos; que nos da, sobre todo, seguridad y que trabaja para que nuestra paz no se vea comprometida, no se vea afectada y podamos seguir disfrutándola.

El militar, como hemos dicho, tiene un problema de arraigo; un problema de arraigo por todas esas circunstancias a las que hemos hecho referencia. He puesto el ejemplo de las maniobras, pero imagínense los barcos. Los marinos en los barcos con muchos días de navegación. O fíjense en los militares en misiones: en Iraq, en Afganistán, en Indonesia, en países sudamericanos... Alejados de su comunidad eclesial, alejados de su familia, en la que el militar creyente pide y demanda y necesita fortalecer, alimentar y cuidar su espíritu. El militar creyente debe estar para eso: para fortalecer, para alimentar y para cuidar su espíritu.

Podríamos decir que el capellán está para atender al militar pero no solo a él. También para atender a su familia, a todo su núcleo familiar, y al militar una vez que deja de estar trabajando activamente; lo que nosotros llamamos "el servicio activo", lo que en la calle llamamos "jubilación", ¿no? El militar, en esos momentos de jubilación, también por todas aquellas circunstancias anteriores, no en todos los casos, pero en muchos, se puede sentir especialmente solo. Creo que la jubilación es un momento que ha de ser muy cuidado por todos, a todos los niveles, en todas las profesiones. Y debemos

cuidar, especialmente desde la Iglesia, a nuestros mayores, precisamente para que no sientan esa soledad después de dejar el trabajo, después de que los hijos han volado y han establecido su nido. Pues, a nosotros, nos pasa igual. Y, especialmente, en la vida y en la profesión militar debemos también tener un cuidado especial con aquellos que están en “el descanso del guerrero”. Eso serían los tres focos de nuestra actuación en esta institución: el militar, especialmente cuando no puede ser atendido religiosa y espiritualmente en sus comunidades habituales y territoriales –para eso formamos y creamos comunidad–; sus familias, que son un núcleo, que son todo uno, pero que a veces están separados, a las cuales nos debemos y debemos estar atentos y expectantes para paliar en lo posible la ausencia de la parte de la pareja que pertenece a la institución militar; y por último, como les decía, nuestros jubilados; ese personal que ha dado su vida de servicio y de entrega, a veces generosa, en nuestra defensa y en nuestra seguridad.

Dentro de esto, el militar pasa también por una serie de incertidumbres. Por una parte, hay incertidumbres profesionales: “Voy a ascender, no voy a ascender. Tengo que hacer tal curso, tengo que ir a tal lugar, tengo que prepararme para esto...”. Puedo decirles que, en mi experiencia de treinta años con ellos, no he visto personas más tenaces y más preocupadas por su formación. Y no hablo solo de generales ni de oficiales. Hablo de generales y de los últimos soldados que han ingresado en un cuartel. La preocupación por su preparación realmente es continua, constante y duradera. Y no solo por una preparación técnica, sino también buscando una preparación humanística que fundamente y dé sentido a su vida y a la profesión que han elegido. Y ahí el capellán castrense es muy importante y muy necesario. Los católicos, y dentro de los católicos los que intentamos ser los mejores pastores para ellos en las Fuerzas Armadas, creemos y sabemos que aportamos un “plus” de humanidad a aquellos que saben que la guerra es la mayor locura. He escuchado a muchísimos militares, al primero a mi padre, decir que el que mejor conoce y sabe de las consecuencias de una guerra y el que menos quiere una guerra es aquel que, en algún momento, puede estar involucrado ella, como es el militar.

En la profesión militar se puede vivir de dos formas: o por dinero (no es el caso de los militares españoles, se lo puedo asegurar) o por valores, que es el caso de los militares españoles. Valores auténticos de servicio, de lealtad, de disponibilidad, de entrega... Todos esos valores que, además, son tan cristianos, que compartimos tan cristianamente. Esos valores son los que mueven a un auténtico militar que, precisamente, vive y trabaja no para la guerra, sino para la paz. A partir de ahí, vuelvo a decirles: el capellán debe aportar,

aparte de compañía (importantísima), aparte de entrega, aparte de servir a los servidores, aparte de crear comunidad, todo aquello que, para nosotros, es un valor y que nos viene del Evangelio, que nos viene de la palabra de Dios y que refuerza esos valores militares a los que ellos se entregan, que tanto cuidan y que fundamentan su profesión. Somos y debemos ser, para ellos, para toda la sociedad, un “plus” de humanidad en su concepción y en sus valores.

Por último, nuestra misión. Nuestra misión, como les decía hace nada, es acompañarles. Es tener en todo momento, como ellos, la mochila y el petate preparado; dispuestos a cogerlo en cualquier momento y salir disparados. Y, como ellos, en un momento determinado, pisar una alfombra, estar tirados en el barro mojándonos, pasar calor, sudar... Pero, sobre todo, escucharles. ¿Saben lo que más echan en falta los militares cuando están fuera de su casa? Esto lo he vivido en Elcano después de nueve meses navegando en Indonesia, en Afganistán... Los que más sufren (aunque todos sufren la ausencia de la familia) son aquellos militares relativamente jóvenes con hijos. Y con hijos, sobre todo, pequeños. Y sufren porque siempre están pensando: “¿Les sucederá algo? ¿Les habrá pasado algo?”. Ahí debemos estar nosotros para escuchar, para atender, para cuidar, para sanar. El militar nunca va solo; el militar siempre va en binomio y tenemos que enseñarles que no están solos, que van acompañados y que nosotros somos el rostro de toda la Iglesia, el rostro de Jesús que, como binomio, se sitúa a su lado para, en la marcha de la vida, si se caen, levantarles y si nos caemos, que nos levanten. Si se pierden, que nos perdamos juntos y que busquemos la salida juntos. Y, en definitiva, con todos los católicos y creyentes, para todos y con todos establecer auténticas comunidades de fe en las que, como nos dice el papa Francisco, el pobre y el último sea el fundamental, y el que se centre y sea protagonista en nuestras comunidades castrenses. Y les aseguro: en el ejército también hay pobres. A lo mejor no de dinero, pero sí de soledad, sí de abandono, como en toda la sociedad. Esto es una parte más de la sociedad y la Iglesia está en toda ella, tanto en la cárcel como en los hospitales o en las Fuerzas Armadas; sobre todo en sitios donde, si no estuviésemos nosotros, no podrían ser atendidos. Ahí debemos estar.

Lo único que les pido si son creyentes es que pidan por que realmente seamos testimonio y ejemplo para ellos. Y si no son creyentes, que nos alienen y que nos ayuden en nuestra misión.

Muchas gracias.

[Aplausos]

Paloma Corbí – Damos paso ahora al capellán de hospitales, el padre Jesús Martínez Carracedo.